

Un moderno “vedutista”

“De Madrid me gusta hasta el caos”.

J.M.P.

José Miguel Palacio: un pintor nacido en 1950 en Zaragoza, formado en su Escuela de Artes y Oficios, y obsesionado, como pintor, por Madrid, que desde hace años contempla desde la cercana atalaya de Torreldones. Un pintor, en sus inicios, paisajista de los Monegros, esencial y con algo de metafísico: *Pacas de paja, Parideras...* Un pintor luego surrealista, en clave onírica a menudo post-daliniana, aunque no de horizontes ampurdaneses, sino esencialmente aragoneses; en 1997 el veterano Federico Torralba, su profesor de Historia del Arte, prologando el catálogo de su individual madrileña en Arte Reale, comparaba su “intimismo objetual” con el del nantés Pierre Roy, refiriéndose además a una tradición local, y citando concretamente al también zaragozano Juan José Luis González Bernal, además de a algún poeta, y a Luis Buñuel. Por ese lado van cuadros como *Anónima jugada* (1992) –cortinas de teatro, un sillón, naipes, nubes magrittianas-, o como *Metamorfosis onírica del vals negro* (1993). No olvidemos tampoco sus esculturas, varias de ellas inspiradas en el universo de la papiroflexia; universo unamunesco y aciniano (por Ramón Acín y sus Pajaritas del parque de Huesca); universo también presente en más de uno de sus cuadros del período surrealista: ver por ejemplo *Eolo cabalgadura papirofléxica* (1994). Un pintor hoy hiperrealista. Un pintor-peatón de Madrid –Léon-Paul Fargue, *Le piéton de Paris*-, que tituló *Madrid urbano* su muestra de 2007 en la Casa de Vacas, mientras la que ahora va a inaugurarse en la Casa de Cultura de Torreldones, documentada por el presente catálogo, habla de *Huellas urbanas*. Un pintor fascinado, como buen hiperrealista, por los escaparates, por el metal, por el cristal, por los espejos, por los anuncios luminosos y no-luminosos, por los medios de transporte y especialmente por los trenes, por los autobuses municipales –Madrid reflejado en un

parabrisas: el espectacular *Reflejos de la Gran Vía en un autobús de la EMT-*, por el metro, para cuyo centenario faltan siete años tan sólo... Un pintor que no contento con utilizar la fotografía como auxiliar en la génesis de sus cuadros –un maridaje histórico: hiperrealismo y fotografía-, la practica y expone como género aparte, autónomo: en *Madrid urbano* ya mostraba, junto a sus cuadros, algunas de sus instantáneas, y en 2008, su muestra *De Madrid, Encierros, Trenes, Aviones y Nubes*, celebrada en la Sala Martín Chirino de San Sebastián de los Reyes, estuvo enteramente integrada por obra fotográfica. Aunque por el momento no las ha enseñado, también ha realizado algunas tentativas cinematográficas, siempre con Madrid como Norte.

El Madrid de José Miguel Palacio es el Madrid de la Gran Vía, y de los cines, y del rascacielos de Telefónica, y de la cuadriga en lo alto del Banco de Bilbao en la calle de Alcalá, y del novecentista Círculo de Bellas Artes, y de la Puerta del Sol y en ella del anuncio del Tío Pepe y otros letreros, y sobre todo del emblemático Capitol, en Callao, tan reivindicado por tantos pintores, ilustradores y fotógrafos durante los años de la Movida. Un Madrid que por mi parte siempre asocio con su definitiva fotonovela “fifties” por un forastero, el catalán Francesc Catalá Roca, fundador de una posible y tardía Nueva Visión madrileña, o más atrás en el tiempo, con una novela tan estupenda como *La Venus mecánica* (1929), de José Díaz Fernández, de la cual acabo de prologar una reedición que sacan los libreros de viejo. La mirada del peatón-pintor José Miguel Palacio se fija también en edificios más venerables, como la Casa de la Panadería en la Plaza Mayor; la Puerta de Alcalá; o el Banco de España con su reloj y su bola dorada que trae a mi memoria la de la Punta della Dogana, en Venecia. Y no escapan a esta prospección urbana, ni el Arco de Triunfo (franquista) ni el faro de la Moncloa, ni el rascacielos con el cual se inicia la Avenida de América, torre que nos saluda –y en ella el logotipo de Iberia- al entrar y salir en la capital –entrada y salida para Zaragoza, la ciudad natal, ya lo he indicado, de José Miguel Palacio-, y que fue de lo más moderno de su tiempo, y a la cual uno de los primeros en trasladarse a vivir fue el pintor e ilustrador José Caballero, uno de los modernos de aquellos años inciertos. Pero José Miguel Palacio se fija también, como no podía ser de otro modo, en edificaciones más recientes, como por ejemplo el Estadio Santiago Bernabeu y el abigarrado centro comercial que han terminado agregándole a modo de parásito; el Hospital de La Paz; la torre del BBVA en ese barrio tan inhumano que es Azca; la Torre Picasso en torno a la cual

recuerdo una memorable muestra de esculturas del norteamericano Tony Smith; las torres KIO en la Plaza de Castilla, y, modificando nuestro “skyline”, las tres nuevas más allá en dirección al Norte, a la Sierra; la Estación de Atocha con sus relucientes AVE, y otras estaciones de un tiempo anterior, por ejemplo la de Príncipe Pío o del Norte, que asocio con mi infancia franco-española; o el Teatro del Canal; o la roja ampliación del Reina Sofía; o IFEMA donde la Pasarela Cibeles, en cuyo “backstage” tomó muchísimas fotografías, le inspira un grafito que deja antes de acometer el color; o la espectacular T-4 de Barajas... Frente a una época en la cual casi todo pasaba, en este campo, en Barcelona, Madrid se ha lanzado estos últimos años a esa carrera, al descubrimiento de la arquitectura de autor, de estos autores que ahora parece innecesario citar, de tan conocidos que son ya para los madrileños. Lugares también más anónimos, pequeños templos del comercio, un cajero automático cualquiera sobre fondo del Barrio de Salamanca, el interior con algo de galería de espejos de una anodina cafetería de la misma zona, un puesto de flores en Princesa, uno de los gratos kioscos con terraza del Retiro, una popular pescadería –quien esto escribe la frecuentó cuando vivía en Huertas- en el mercado que está en la parte de arriba de la calle de Santa Isabel, un escaparate de una multinacional de ropa, por último, en los bajos del Capitol, “horror vacui”, apoteosis del brillo y del reflejo, un escaparate habitado por los maniquís, siempre tan ramonianos...

Metódico y meticuloso –su estudio es uno de los más ordenados de cuantos he pisado estos últimos años-, José Miguel Palacio empieza dibujando sobre el lienzo, el motivo elegido, y luego va iluminándolo, va dándole cuerpo a través del color, que expresa la luz. Dueño de una técnica esmerada, se supera a sí mismo ante cada nuevo reto. Sus cuadros simétricos del Capitol visto desde Telefónica, y de Telefónica vista desde el Capitol, son de lo más impactante de la presente muestra, en la cual brillan también la citada visión de autobús en Callao, y otra de un AVE en Atocha, en el cual además de la fría belleza de la máquina, me llama la atención el castizo y abigarrado detalle urbano que se recorta sobre un cielo immaculado, en la parte de arriba de la composición.

Como “Otro pintor de la vida moderna”, por el lado Charles Baudelaire / Constantin Guys, ha visto a José Miguel Palacio, Fernando Castro Flórez, en su texto para el voluminoso catálogo de la citada exposición *Madrid urbano*. Ciertamente es oportuna la referencia, ya que en efecto

estamos ante un “flâneur” de la capital, ante alguien que aunque no resida en ella sino en su periferia más apacible, necesita asomarse casi cotidianamente a sus calles y plazas, sumergirse en sus multitudes un poco como Edvard Munch se sumergía en las de Oslo o de París, aspirar lo que un estridentista mexicano llamaría el “olor a nafta”, ver su propio rostro reflejado en esos escaparates que constituyen una de sus obsesiones –el día en que nos presentaron, le dije: “ah, el pintor de los escaparates”-, como la constituyeron para algunos de sus predecesores norteamericanos.

José Miguel Palacio, a la postre, es lo más parecido que conozco a un “vedutista” moderno. La Gran Vía es su Gran Canal; los autobuses son sus góndolas; los escaparates, su galería de espejos; el Teatro del Canal, su Fenice; los rascacielos, su Salute; los Airbus, su Bucentauro...

Uno de los cuadros de mayores dimensiones, y más impactante, del conjunto, está inspirado en un concesionario Porsche de Zaragoza, la ciudad natal, ya lo he dicho, de José Miguel Palacio. Poesía del comercio, del objeto manufacturado, del lujo en materia automovilística: es la capital aragonesa, y a la vez da exactamente igual, podría ser Madrid, o Berlín, o Nueva York, o Tokyo: cosmopolitismo de la mercancía. Otras dos imágenes aquí presentes, son asimismo zaragozanas, pero en este caso la cosa sí presenta una dimensión entrañablemente local, y memoriosa, casi costumbrista –recordemos también alguna visión tranviaria, y otras de gigantes y cabezudos-, ya que estamos ante una papelería de nombre fantástico, La Reina de las Tintas, y un ultramarinos, tiendas ambas antañonas: poética del comercio antiguo que en el ámbito madrileño tan bien desarrolló en su momento, aunque en otro registro estilístico, Alfredo Alcaín. Completa esta escapada lejos de Madrid, una visión del puerto deportivo de Gijón, otra ciudad septentrional.

Hiperrealismo: nada que ver con realismo cotidiano, en el cual opera una poética de lo leve y de lo menor –y, en Carmen Laffón, de lo inefable y becqueriano-, ni con el realismo social, al cual por el contrario le van la sal gruesa y la denuncia de esa inhumanidad a la cual acabo de aludir a propósito de Azca. Hiperrealismo: el “vedutismo”, la objetividad, lo notarial –de la conversación con el pintor en su estudio, esto, anotado al vuelo: “soy un notario, un reportero”-, la frialdad de una constatación de que la vida es como es, de que las cosas son

como son, de que es lo que hay. Y la tentación de reconocer que a pesar de todo “el mundo está bien hecho”, por decirlo con verso definitivo de Jorge Guillén en *Cántico*, de que “el mundo es hermoso”: *Die Welt ist schön*, como reza, aquel mismo año 1928 en que apareció el primer *Cántico*, el título del fotolibro más conocido del fotógrafo alemán “nueva objetividad” Albert Renger-Patzch, uno de los mejores cantores del metal y de la máquina.

Manuel Azaña escribió maravillosamente sobre la luz de Madrid. La ciudad, en aquella época, contaba con varios escritores más que la supieron expresar como nadie antes, entre ellos dos antitéticos, Pío Baroja en *La busca* y en tantos otros rincones de su obra, y el Juan Ramón Jiménez que veía el mundo desde la Residencia, desde la Colina de los Chopos. Coetáneo de ambos era un genial pintor-escritor, me refiero naturalmente a José Gutiérrez Solana: *Madrid callejero*. Luego vinieron los vanguardistas, capitaneados por Ramón Gómez de la Serna, el gran descubridor del pintor-escritor al cual acabo de citar. Entre todos compusieron un canto coral a Madrid. Muchos de los escritores del siglo XX, y también forasteros, algunos de los cuales se quedaron aquí para siempre, escribieron sobre esa luz a la cual acabo de referirme a propósito de Azaña. Esa luz, y esos cielos de Madrid. Pienso en ellos ante *De Madrid al cielo*, como titula José Miguel Palacio, en plan proverbio castizo, uno de sus más recientes ciclos pictóricos. En los “tableautins” que lo integran se fija deliberadamente en un mero fragmento de un monumento –a veces, de una simple estatua-, otorgándole todo el protagonismo a la luz de Madrid, y sobre todo al cielo, a los cielos de Madrid, surcados por esas nubes y esos aviones aludidos en el título de su individual en San Sebastián de los Reyes. Los cielos, que ocupan buena parte de la superficie de ese ciclo *De Madrid al cielo*: una vía de escape hacia una vida más pura y más libre, sueño del urbanita que de repente siente la tentación de escaparse...

JUAN MANUEL BONET